

PROCLAMA EL PRIMER JEFE DEL EJÉRCITO IMPERIAL DE LAS TRES GARANTÍAS A LOS ESPAÑOLES EUROPEOS HABITANTES EN ESTA AMÉRICA

CONCIUDADANOS Y HERMANOS MÍOS

Por distintos conductos he llegado a entender, que algunos espíritus enemigos de la paz y de la humanidad, a vista de los rápidos progresos que hace notoriamente la causa de la independenciam; sin que hasta ahora se haya derramado por mi parte una sola gota de sangre, intentan alucirnos con especies subversivas que exciten vuestra desconfianza, y os empeñan en lucha verdaderamente desigual, que no tendrá otros efectos que los estragos, la desolación, la muerte, y todos los horrores consiguientes a la guerra entre hijos de una misma familia.

Se os ha querido persuadir que terminada la empresa que me he propuesto, seguirán unas vísperas Cícilianas (así se expresan esos hombres turbulentos) en que de un golpe se exterminarán los europeos residentes en este país. ¡Ah! ¿y será posible que déis oídos a tan monstruosa calumnia? ¿No basta para tranquilizaros el juramento que he prestado de proteger la más cordial unión entre españoles europeos y americanos? ¿No basta que unos y otros en la más dulce armonía militamos bajo las banderas que llevan esta divisa: *Religión, Independencia y Unión*. ¿No bastan once años de afanes y sacrificios, consagrados a la defensa de vuestras vidas, de vuestras familias, y de vuestras fortunas? ¿No basta, en fin, mi palabra de honor la más sagrada, bajo de la cual os he asegurado, y ratifico delante de Dios y de los hombres, que no me ocupan otras ideas, que las de vuestra felicidad, identificada esencialmente con la felicidad de los que hemos nacido en este suelo? ¿Saben por ventura que mis operaciones hayan desmentido un solo artículo de mi sistema?

Pero si nada basta para disipar vuestros infundados celos; no ignoráis que tengo un Padre europeo, a quien venero con la más profunda sumisión; una Esposa que amo con la mayor ternura, y unos Hijos en quienes he vinculado mis delicias. Si, pues, desconfiáis de mis protestas y de mi juramento, ahí están esas caras prendas de mi corazón, que serán los mejores garantes de mi sinceridad y buena fe. Aceptadlas. Villa de León mayo 1 de 1821. *Agustín de Iturbide*

MANIFIESTO PATRIÓTICO

Que hizo siendo Comandante General de la primera división del Ejército de las Tres Garantías, D. Vicente Guerrero, para desvanecer las imposturas y calumnias

con que el conde del Venadito pensaba alucinar a los ciudadanos, y dividir las opiniones de los defensores de la Patria.

Americanos, amados conciudadanos míos: jamás se me ha presentado ocasión tan lisonjera, ni en el transcurso de once años de guerra he disfrutado del placer más completo, que cuando oí tronar en mis oídos la encantadora voz de Independencia, pronunciada por el más benemérito y digno Jefe militar, el Sr. Coronel D. Agustín de Iturbide. Sí, magnánimo caudillo, tú mereces el renombre de Héroe. ¡Pero qué digo! El Padre de la Patria, el libertador de México... Tú mereces las bendiciones del cielo y de tu pueblo; porque con tus virtudes filantrópicas, vas a arrancar de este infortunado suelo el cetro del despotismo que pesa tan gravemente sobre nuestras cervices, y a elevarnos para siempre a la dignidad de hombres libres. Todo el mundo te vive agradecido, y las generaciones más remotas pronunciarán tu nombre reverentes. Nadie sino los serviles o tenedores del despotismo, desconocerán tu mérito; pero ya son impotentes, y sus esfuerzos para impedir la penetración de la llama abrasadora que esparce tu voz en los corazones de los americanos, serán infructuosos. Nada hay que temer, porque los tiempos de terror y barbarismos, se han disipado: los hombres saben ya defender sus derechos, y no necesitan más que de caudillo, que los dirijan por el camino de la gloria. Si esto encuentran en el grande Iturbide nada más apetecen. Camina, pues, a perfeccionar la obra, y no receles que la discordia horrible se apodere de nuestros corazones. Nuestros pechos serán unos muros inaccesibles e incapaces de dejarse vencer de las maliciosas y seductoras expresiones del Sr. Virrey. Bien conocemos a donde se encaminan sus tramas; pero ya puede desengañarse, y el mundo todo sepa que los militares de la primera y tercera división del Ejército de las Tres Garantías, y los demás individuos que dependen de estas, han jurado obediencia y defender a costa de sus vidas al primer Jefe, lo mismo que la Religión, la Independencia y la Unión. Si tales principios son las bases en que se apoya nuestra empresa, ¿quién podrá interrumpir nuestra gloriosa carrera? Teman los pérfidos y aliéntense nuestros compatriotas: únense todos a Iturbide, y la América Mexicana será la más feliz que se conozca en el Orbe. ¿Acaso este Jefe ha mancillado su honor por darle vida a su pueblo? ¿Acaso ha traspasado los límites del pudor, con declararse por una causa tan santa? ¿Acaso se ha hecho traidor al Rey (como lo supone el conde del Venadito) cuando lo llama al Trono del Imperio de México? Pues nada menos que eso: él se ha llenado de gloria, él ha cumplido como hombre, como ciudadano y como religioso: él no ha hecho sino lo que debía para cumplir con la ley de la naturaleza; pero mi lengua enmudece cuando piensa tributarle los elogios a que se ha hecho acreedor. Si, Sr. Excmo., Iturbide no es pérfido, ni venal como indebidamente le atribuye, suponiendo que por un ratero interés le ha negado la obediencia. El dinero de los comerciantes de Manila y México, aunque se gaste para mantener las tropas imperiales, únicas que disfrutaban de ello, la nación tiene para reintegrarlo y ella sabrá poner a cubierto el honor de su protector. Tampoco está bajo los auspicios de Guerrero como le imputa, porque yo le presto una ciega obediencia, y V. E. sabe que antes de unir-mele se lo protesté. El es mi jefe y yo su subalterno: porque amo a mi patria y no

por otra causa, he arrostrado tantos peligros exponiendo una vida que me es pesada, porque veo a mis hermanos arrastrando cadenas. Las penas y fatigas que he padecido no las soportan mas que los hombres libres que prefieren la muerte a la esclavitud, y es seguro que mi existencia la sacrificaré en defensa de la patria, sin que en algún caso falte a los deberes de hombre de bien. Moderemos pues nuestros hechos y olvidemos infamar a los hombres porque defienden sus derechos: Oíganse sus exposiciones, hágaseles justicia y no la ciega pasión del amor propio, o un imprudente capricho haga el exterminio de la Nación, dividiéndola en partidos: demasiado ha existido la tiranía entre nosotros, y ya es tiempo de tributar algún respeto a los hombres: Se han disipado las tinieblas, y no estamos en el año de diez; no son cuatro facciosos los que quieren independencia, la Nación en masa la pide expresa y tácitamente: permítasele que espontáneamente declare su voluntad, suspendiéndose entre tanto las armas y los suplicios: désele cuenta de los planes propuestos por el Sr. Iturbide, y no se le oculte ni se quiera suponer que son subversivos y perjudiciales: descúbrase sencillamente la verdad, y rebátense con argumentos sólidos y fundados, los principios sobre que se ha sistemado nuestra independencia: Medítense detenidamente y no con imprudencia se fallen de impíos: evitemos las desgracias que ha de producir la nueva guerra que se encenderá si no se le hace lugar a la razón, a la justicia y a la política. Nada cuesta entrar en conferencias, acomodamientos o capitulaciones; pero es incalculable lo que se pierde negándose a tales convenios por no entrar en comunicación con unos hombres que se cree sólo han nacido para ser dominados. La autoridad de un Virrey tiene límites, y es una arbitrariedad declarar la guerra a quienes procuran evitarla, y suspender todo movimiento agresivo para manifestar decididamente su solicitud sin estrépito, sin sangre y sin abuso. Si, compatriotas, no dejemos hoyar más nuestras personas, reclamemos sin intermisión los enormes excesos de los que gobiernan en México, y apelemos a las armas para hacernos respetar si ellos obcecados no quieren reconocer sus deberes: no os amedrenten pánicos temores, que el Ejército de las Tres Garantías protege vuestra libertad: unión y fraternidad es lo que constituye a este cuerpo ilustre, y lo que ha de producir nuestra felicidad. El Virrey no tienen facultad de decretar la guerra sin consultar a las cortes; pero si sucediere la emprenderemos a toda costa.

Dignos y amados compañeros míos, Europeos los que habitáis en este continente, todos formamos Nación, todos reconocemos por nuestra madre patria a la América septentrional, y bajo su tutela formaremos una sola familia; se desterraron para siempre los odiosos nombres de Gachupín y Criollo, y solo existe el dulce y amable de Ciudadanos del Imperio de México: el genio de la discordia huyó precipitado, y le ha sucedido la fraternidad y la unión. Si los vínculos de hermandad, amor a la patria y defensa de la religión santa de Jesucristo son indisolubles, ya podemos lisonjearnos de ver renacer las delicias de este continente. Yo que tengo el honor de ser el último de esta sociedad, os suplico que no nos apartemos de tales principios, para llegar al venturoso día: pruebas he dado de mi reconocimiento al Jefe superior que hoy tenemos, y aun las daré tan repetidas que basten para desengaño y terror de sus antagonistas. Viva pues la Unión, la Religión y la Patria Independiente.